

ESTRELLITA BLANCANIEVES Y LA GRUTA ENCANTADA

EDUARDO SAMMAT

CUENTO PARA NIÑOS

PRIMERA EDICIÓN 1953

PRIMER LIBRO DE CUENTOS (DIDÁCTICO) DEL PARAGUAY

Editorial "El Arte" – Asunción- Paraguay

Derechos reservados

PRÓLOGO

Este cuento infantil fue escrito para los niños de todo el mundo; y en particular, para los niños de mi patria. Es por esta razón que le damos a luz en una fecha tan trascendental como es la del 416 aniversario de la fundación de Asunción – la ciudad madre de los tiempos coloniales.

He dicho que es un cuento para todos los niños del mundo porque ansia adquirir suficientes méritos como para erigirse en heredero legítimo de "Blancanieves y los siete enanitos", el mundialmente famoso cuento de los hermanos Grimm.

No pretendo, en modo alguno, que mi "Estrellita Blancanieves y la Gruta encantada" sea una pieza literaria, ni mucho menos; pero sí creo que contiene, además de un argumento adaptado a la fantasía infantil, lecciones de índole moral, capaces de contribuir a modelar la educación de los niños.

Me he propuesto hacer un cuento que divierta a los lectorcitos con su lectura, que los eduque y oriente en las normas de los buenos hábitos; y que, al mismo tiempo, les sirva para los ejercicios de "lectura libre" en las escuelas primarias. Con esta exclusiva finalidad fueron incluidos términos difíciles, para obligar a los escolares a recurrir al diccionario, y cooperar de este modo a la enseñanza del idioma.

Si la suerte me depara ver cumplidos mis propósitos, habría logrado uno de mis ideales más anhelados. En efecto, qué satisfacción más grande y completa que la de haber podido contribuir a la formación espiritual e intelectual de los niños (que son la patria del porvenir) a la vez que la de haber podido proporcionarles un juguete para entretenimiento.

¡Nunca se valorará tanto el sacrificio de nuestros maestros de escuela hasta tanto no se viva su propia vida, y no se haga carne en la conciencia de todo ciudadano esta gran verdad: ¡LA GRANDEZA DE UN PUEBLO RESIDE EN SU CULTURA!

Sea, pues, este cuento mi más ferviente homenaje al niño y al maestro.

EL AUTOR

El reino de Blancanieves

Todos los niños del mundo, aun los más pequeñitos, sabéis de que Blancanieves casóse con un apuesto príncipe. No os han relatado nada más de la fascinante vida de Blancanieves; y yo no sé porqué, pues, bien sabido es que este simpático personaje legendario llegó a ser reina y madre. Fue la mamacita más amorosa y la reinita más hermosa del universo; las más abnegada y generosa de cuantas reinas y madres han sido en la tierra. Fue la reina más querida por todos los niños de antaño. Vosotros, niños de hogaño, la querréis tanto y tan cariñosamente como aquéllos cuando hayáis terminado de leer esta breve fábula.

El país donde reinó Blancanieves era un vergel lujurioso de verdor y vida. Por doquier esparcidos corrían mansos arroyuelos cristalinos de fresca y riquísima agua que arrastraban arenas auríferas y piedras preciosas de toda laya y colores. Nadaban en sus claras aguas pececillos irisados y de brillante recamado; además, se arrastraban en su lecho o dormían en sus orillas caracolillos de preciosas conchas.

En las márgenes y laderas crecían árboles gigantescos para regalar sombra deliciosa; arbustos cargados de frutas sabrosísimas, y un sinfín de galanos rosales salpicados de flores bellísimas.

El agua límpida, la sombra fresca y densa, y las frutas maduras, en mágica combinación con el aroma embriagador de millares de perfumadas flores, hacían un espléndido conjunto que producía en el alma la sensación de un bálsamo divino. A todo esto sumábanse los trinos, gorjeos y cantos de los pajarillos desgranando a la hora del alba y de la aurora notas y arpegios de una armonía impecable.

La vida en el reino de Blancanieves sabía a mieles; era sencilla, apacible, vigorosa, llena de encantos y dulcificada por el amor de sus moradores, que llenaba todos los ámbitos; y por sobre todas las cosas, dulcificada por el cariño infinito que prodigaba la magnífica reinita Blancanieves a todos sus súbditos, sin distinciones de ninguna especie. Es por tal circunstancia que Blancanieves fue la reina más adorada: la amaban con vehemencia de enamorados todos, todos... los niños, las mujeres, los hombres, los animalillos y las flores. Los pícaros pajarillos, las desconfiadas palomas, las tímidas gacelas, los traviesos cervatillos, los simpáticos conejillos, el sapo feo y la lerda tortuga vivían a su lado cual una corte regia muy peculiar.

Todas las mañanas al despuntar la alborada trinaban los zorzales, jilgueros y canarios ofreciendo a su angelical reinita una sinfonía suave y placentera al abrir sus tiernos ojos. Los conejillos, las gacelas y las palomitas estaban siempre atentos para satisfacer la más fútil necesidad de Blancanieves. Y Blancanieves retribuía tan exquisitas atenciones con su despertar siempre alegre, con su humor siempre sano, con su afecto infinito y con el matiz incomparable de su voz. Hablara o cantara, su prodigiosa garganta embelezaba y mecía a la vez, cual una canción de cuna. Hasta los fieros animales sentíanse domeñados por las virtudes de Su Majestad Blancanieves. Allá no daba el tigre sus terribles dentelladas, ni el león sus fuertes zarpas, ni era tan sanguinaria la hiena, ni tan feroz la pantera...

Blancanieves fue una reina de verdad porque amó a todos con sinceridad; y porque fue amada de todos con verdadera pasión. Su reino, bien puede decirse fue el único rincón de la Tierra donde la dicha había llegado a todos los hogares. Blancanieves era la felicidad misma, y por eso esparcía el amor a manos llenas. Su alma bondadosa estaba abierta para todos como la rosa de los vientos.

Un solo ser, necio y mezquino por cualquier arista que se lo mirara, no se sentía feliz en el reino de Blancanieves; era el alma torcida de su madrastra, tratrocada en horrendo personaje, que iba en pos de una venganza vil nacida al calor asfixiante y pútrido del egoísmo. No podía soportar que Blancanieves fuese más bella; y por eso ansiaba matarla. Guiada por este criminal propósito transformóse en la bruja más fea y odiosa que ha creado el antro fantasmagórico; un engendro que representaba el summum de la abyección, en cuyo seno desbordaba la maldad y destilaba cieno.

No pudiendo la desgraciada lograr su cruel deseo en vida, hizo su arte satánico hacer sobrevivir su alma despreciable, para atormentar de alguna forma la existencia amorosa y feliz de Blancanieves.

En los días tempestuosos, en arreciando la tormenta, surgía de los fondos anfractuados el alma de la hechicera; la que, desafiando truenos y centellas cruzaba montes, cerros y campaña para allegarse hasta el suntuoso palacio de Blancanieves, y merodearlo en toda su larga arquitectura buscando algún agujero por donde introducir sus larguissimas uñas, su afilada nariz y su envenenado pensamiento.

No obstante esa obstinación y porfía, la bruja nunca pudo causar el menor daño a Blancanieves, por que estaba protegida siempre por cuantos la rodeaban y en particular, por el joven monarca, su esposo y mas que nada, su protección reposaba firmemente en la immaculada pureza de sus virtudes. En efecto, habéis de saber, lectorillos queridos, de que el Mal siempre ha sido domado por el Bien; y en esta leyenda el alma de la Bruja personifica el Mal, y Blancanieves encarna el Bien. Así, pues, acontecía frecuentemente de que la bruja, abrumada por el tormento de su propia, vileza flaqueaba en el instante preciso en que hubiera podido satisfacer su vergüenza; y, anonadada, volvía a su oscura caverna, desfavorida. Ya se presentará una oportunidad mejor mascullaba la perversa; y, abatida, caía en el sopor en que la envolvían los hedores y pestilencia que manaban de sí misma.

LA PRINCESA ESTRELLITA BLANCANIEVES

Gran alboroto hubo en el Palacio Real al nacer la primogénita de Blancanieves, una primorosa princesita de ojos celestes y rostros de querubín. La cigüeña en raudo y grácil vuelo, viniendo de ignotas regiones, acababa de depositar un deslumbrante canasto junto al regazo de Blancanieves, portando en su mullido lecho cubierto de seda y raso, una pequeñuela. Dióle por nombre la reina Estrellita Blancanieves.

Desde aquel fastuoso día el apacible palacio convirtiéndose en un centro de inusitada actividad. Era un ir y venir de gentes que no se daba punto de reposo. No de otro modo podía suceder; pues, todos los habitantes del reino pugnaban por ser los primeros en rendir su homenaje de gratitud y amistad a la reina, y de admiración a la princesita.

Huelga decir de que los regalos y presentes para Blancanieves y Estrellita llenaron varios aposentos del palacio. Muchos consistían en cosillas de muy escaso coste; pero, no por ello menos apreciados por la reina, quien poseía una inclinación natural para la estima y consideración de la gente humilde.

Cuéntase que llegaron aldeanas y aldeanos montados en graciosos borricos, con sus alforjas cargadas de frutos maduros y tan sanitos que daban ganas de darles sendos mordiscos. También vinieron arrogantes caballeros montando briosos corceles. No faltó quien trajera botellas colmadas de ricas mieles, y avecillas y animalillos domésticos lindísimos; hasta un cachorro travieso y jugueteón de grandes y peludas orejas, que constituyóse, con el correr de los años, en compañero inseparable de la princesita.

La leyenda refiere la gran emoción causada por la aparición de una niña pobre portando hermosos canastillos de flores de todas las variedades: tulipanes, lirios, violetas alpinas, geranios, rosas y florerillas campestres, que trocaban los tales cestillos en armoniosos jardines policromos, uno para la reina y otro para la princesita.

Mientras el holgorio se extendía a todo el reino y la fiesta crecía en entusiasmo y regocijo dejóse percibir en lontananza una reducida caravana de diminutos seres, cuya varonil y pujante voz entonaba una agradable canción. Y a medida que sus sonos iban aclarándose, todo el pueblo acompañaba tarareando la misma canción, trasformando la fiesta del nacimiento de Estrellita Blancanieves en una verdadera apoteosis de alegría y felicidad colectiva. Los versos de la tonadilla habíanse perdido sepultados por los años; más, por fortuna, tiempo después halláronse perfectamente conservados en la gruta donde moraba el Hada del Bien. Decían así:

Ahí voy, ahí voy
Al Palacio de su Majestad
La Reina Blancanieves
A luz acaba de dar

Ahí voy, ahí voy
Al Palacio de su Majestad
Para, feliz admirar
A una Princesita sin par

Ahí voy, ahí voy,
Al palacio de su Majestad.
Estrellita Blancanieves
Al mundo acaba de llegar

Vosotros ya sabéis, niñitos, quienes eran los tales hombrecitos.

Quienes habían de ser, sino los siete enanitos de luengas barbas, generosos y trabajadores, que sentían un cariño entrañable por lo que había sido otrora su huésped y ama de casa, la hermosa Blancanieves; quien se había adentrado furtiva en la casita solariega –noble y acogedora- huyendo despavorida del compasivo guardabosque a quien la envidiosa reina había impartido la orden de matarla.

Nunca pudieron olvidar estos abnegados enanitos los días dichosos que pasaron juntos con Blancanieves. Menos aún, la amarga pena de su fatal deceso, provocado por la manzana envenenada de la bruja traidora y mucho menos, aquella fantástica resurrección de su adorable compañerita al posar sobre sus labios el primer beso de amor.

Ahora venían de lejanas tierras trayendo su más cálido y fervoroso tributo de admiración, pletórico de felices augurios, para la que acababa de nacer.

Al tender la noche sus primeros velos, apagando pausadamente los últimos fulgores arrebolados del rubio astro, la algazara popular entró en declinación, retornando cada cual a su hogar.

Cuando la bulla llegó a su fin en el palacio y todos dormían el apacible sueño que el solaz y esparcimiento engendran, reina y princesa fueron sorprendidas por una sombra helada y una risotada sarcástica, que las hizo tiritar de frío y miedo. A Blancanieves no se le escapó que ese efluvio maléfico, que había cruzado fugazmente el aposento, podría ser un anuncio de los malsanos propósitos de la pérfida bruja.

Temerosa estaba Blancanieves de que su enconada perseguidora intentara ensañarse en la débil criatura. Pero, Blancanieves era suficientemente capaz de impedirlo.

Fue así como dándose alientos así misma, muy pronto recobró su ánimo y semblante, y fuese tranquila a dormir.

¡Qué mal podría acontecer a su primorosa Estrellita si ella estaría guardándola como su ángel custodio!

El reino estaba aquietado, la noche silente y tranquila, el cielo limpio y tachonado de estrellas brillantes como jamás lo había estado; la luna con su carita risueña proyectando una fulgente luz argentada... esa luz tan peculiar que posee la virtud de introducirse en el alma de los seres para tornarlos más buenos, más humanos, más amorosos. Pareciera que todo el firmamento hubiérase puesto de pie para saludar gozoso el advenimiento de la princesita.

Quién hubiese estado despierto hasta bien entrada la noche, embelezado en la grandiosidad del universo, habría visto proyectarse desde un punto celestial, un haz rutilante en dirección al Palacio Real.

A la alborada corrió la voz de que un ser misterioso, sobrenatural, algo así como un hada habíase aproximado junto a la cuna de Estrellita Blancanieves, sin que nadie oyese el menor ruido, dejando en la cabecera un cofre conteniendo unas pocas palabras hilvanadas de este modo:

“Estrellita Blancanieves, si algún día la infelicidad se apoderase de ti, vé a buscarme en la Gruta Encantada”.

El Hada del Bien

Infancia de Estrellita Blancanieves

La princesa Estrellita Blancanieves fue creciendo bella y lozana al amparo y cuidado de Blancanieves.

Nunca supo de pesares, ni padeció la más leve enfermedad.

Su vida se desenvolvía blandamente. Nada le faltó jamás: conoció el amor materno –sacratísimo- potencializado a su quinta esencia merced a las virtudes de Blancanieves; gozó de todas las comodidades imaginables; tuvo en sus manos juguetes de toda especie; hayas elegidas entre las mejores del reino encargáronse de orientar sus inclinaciones y cultivar el intelecto.

Blancanieves seguía muy de cerca el desarrollo de estrellita para mejor pulir su educación; y así fue como la princesita adquirió el genio y la figura de quien le había dado la vida. Todas las virtudes de Blancanieves adornaban el alma infantil de estrellita: era el amor en su máxima expresión.

Había adquirido los mas preciados hábitos y costumbres en el modo de vida cotidiano: era obediente con sus padres, respetuosa para con los mayores, pulcra en su aseo personal, fina en sus modales. Era, además, muy hacendosa en su hogar; limpiaba y ordenaba diariamente su apartamento, dedicaba parte del tiempo a la costura, ayudaba a su madrecita en tantos otros quehaceres y cuidaba y regaba su encantador jardincito. Y todo esto lo hacía con el mejor buen humor, riendo y cantando. Para mayor atracción de su simpática personita estaba dotada, además de su encanto físico y espiritual de una voz meliflua y cristalina. Sucedió, a menudo, de que sus melodías atraían, arrobados, a quienes podrían percibir las desde fuera del palacio.

Estrellita Blancanieves era querida, mejor dicho amada de todos, niños y grandes. Tan bondadosa era, y tan afable y humilde trato dispensaba, que hasta las palomitas y gacelas del palacio rodeábanla en las horas que destinaba al cuidado del jardín. Acostumbraba desparramar migajas de pan a las avecillas, y estas acudían en bandadas picoteando confiadamente su alimento. Zorzales y jilgueros pulsaban en la lira de sus gargantas privilegiadas sus notas mas armoniosas para solaz de su adorable compañerita.

De vez en vez, Estrellita salía al campo para gozar de la luz y aire campesinos. Admiraba envelezada los rubios trigales, los verdes maizales, los blancos algodonaes, la policromía de los bellos jardines, los frondosos álamos, las gordas vacas con sus ubres llenas de leche nutritiva, las mansas ovejas en tupidas manadas, las cabras discolas y saltarinas, los traviesos terneros mamando; admiraba la alegría sana de los aldeanos trabajando en sus pesadas faenas. La floresta agreste y tranquila a la vez, le maravillaba, le henchía el corazón de tanta paz y ventura.

Frecuentemente, se apoderaba de si un ansia irrefrenable de correr por los montes y valles hasta caer rendida de cansancio. Cachorro, que así llamábale a su perrito, era tan era tan andariego como fiel compañero de su amita. Siempre estaba a su lado; ora para jugar con ella; ora para protegerla de las malezas y de la maraña. Cachorro vivía la propia vida de Estrellita; era alegre, sano y feliz. Dormía en su mismo aposento y reposaba en una blanda

cama. Nunca se separaba este fidelísimo can de Estrellita Blancanieves; su afecto por ella era infinito... ese afecto tan inconmensurable que solamente puede sentir un perro hacia su amo. No se conoce otro afecto mayor entre dos seres de distinta especie.

La inocente criatura siguió creciendo ajena a todos los sinsabores de la pobreza; pero, no olvidaba que en el mundo existían niños pobres; y sentía pena de no poder ayudarlos como quisiera. Aprovechaba toda pueril coyuntura para juntarse y retozar con ellos; y se afamaba por proporcionarles regalos y dadas capaces de aliviar sus dificultades. En retribución a tanta bondad y generosidad los humildes retoños de la plebe no perdían ocasión de demostrarle su sincero afecto. Hasta hubo un niño que expuso su vida temerariamente por Estrellita, logrando salvarla de la agresión de un perro enfermo de rabia. El pobre niño murió de hidrofobia. De nada valieron los afanes y desvelos de Estrellita para salvar la vida de su amiguito; pues, en aquel entonces y en aquel remoto reino, no había vacunas antirrábicas. Por suerte, -magra suerte- parecía que el niño moría contento de haber sacrificado su vida a cambio de la de Estrellita. Consuelo misericordioso fue este rasgo postrero del noble niño, para Estrellita; pero consuelo al fin.

La bruja en acecho de Estrellita Blancanieves

La malhadada bruja se mantenía en alerta hurgando en sus viejos y sucios libracos de la fantasmagoría, ansiosa de hallar una fórmula que le permitiera disponer a su antojo de su codiciosa presa, a fin de satisfacer sus protervas intenciones. Pero, ninguna fórmula podía proporcionarle el triunfo sobre Blancanieves, por que Blancanieves era immaculada. Sus virtudes hicieronla el paradigma del Bien.

Entonces la bruja cambió de táctica eligiendo para víctima de sus infames instintos a la inocente Estrellita. Esta era una niña, un ente en formación; y por tanto, podía ofrecer algún flanco por donde introducir su dardo envenenado, el maleficio.

La formación espiritual de una criatura no es obra concluida; de ahí, las posibilidades de truncarla o desviarla; así discurría la bruja. Su venganza sería doble: impondría a la niña sus pravos designios y heriría de muerte a Blancanieves. Risas sarcásticas soltaba, de tanto en tanto, la mentecata, mientras rumiaba su pérfido plan.

En una noche tan oscura como su negro pensamiento dio comienzo a su obra. Dormía la princesita profundamente, y su vigilante Cachorro hallábase enfermito, postrado e impotente. La bruja levanto en vilo el cuerpecito de la niña y escapóse veloz, conduciéndola a quien sabe a que turbulento mar de sargazos. En el mismo en que el rapto acontecía, percibióse algo así como un temblor en todo el palacio y un ulular dolorido del fidelísimo Cachorro.

La desaparición de Estrellita Blancanieves produjo revuelo indescriptible no solo en el palacio, si no también en todo el reino.

Se removió cielo, mar y tierra en busca de la princesa; mas, todo fue en vano. Como si la tierra se la hubiera tragado. Ningún detalle pudo hallarse que pudiera señalar el camino por donde habría que buscar a Estrellita. No obstante, constituyéronse grupos de guardias reales y de voluntarios aldeanos encargados de proseguir indefinidamente la búsqueda.

Paso algún tiempo sin que el éxito coronara tantos esfuerzos y voluntades aunadas. El reino todo estaba sumido en la más profunda pena.

La bruja, apremiada por su deseo de venganza, dióse prisa en proseguir su abominable plan. Engolfada en su antro apocalíptico, entre fuegos y retortas, preparaba eufórica el bebedizo diabólico.

Diariamente suministraba una dosis a la niña prisionera; y no paro hasta verla totalmente transformada. En poco tiempo había dado culminación a su obra fatídica: la niña dulce y amorosa, la princesita afable y abnegada, la Estrellita bella y hacendosa, trocose en una niña completamente distinta. Ahora era fea, mala, desobediente haragana y de malos instintos.

Durante meses la prisionera hizo las veces de moza de servicios a la vieja hechicera, sirviéndole, de mal grado, en toda clase de menesteres. Como ya no era le Estrellita de otrora, se resistía a las exigencias de la bruja, quien no le escatimaba los azotes, en consecuencia.

Bien dice el refrán que no hay mal que dure cien años, ni justicia que no se cumpla. Aunque parecza mentira, tal cual reza el refrán, ocurrió con la suerte de Estrellita Blancanieves y con la infame raptora.

Interin acontecía cuanto se acaba de relatar, el fiel Cachorro iba curando de su mal. Pesaroso vivía por la ausencia de su amita; mas, por ello mismo, no veía la hora de ponerse bien de salud, a fin de salir en su búsqueda. Nadie mas que el conocía a ciencia cierta la desgracia de Estrellita. Aquella noche nefasta en que la bruja cometió el rapto de la niña, el

pobrecito de Cachorro no pudiendo tomar parte activa en la defensa, trato de captar fielmente con su finísimo olfato, las emanaciones de la malvada. Estas eran, pues, el único hilo invisible tendido hasta la prisión de Estrellita

Cachorro, ya libre de sus dolencias, desapareció inopinadamente del palacio, internándose en la lejanía. Anduvo muchos días con sus noches buscando afanoso el rastro que le condujera hasta el escondrijo de la bruja. Cruzó veloz breñas y zarzales, lúbricos terrenos y campos llanos; y solamente cuando estaba excesivamente fatigado decidíase a tomarse un breve descanso.

La constancia y perseverancia proporcionaron a Cachorro lo que tan ansiosamente deseaba encontrar: el rastro de la desalmada. Y desde entonces, siguió olfateando sin cesar por estrechas y peligrosas quebradas hasta llegar a la cima de un cerro muy alto, el cual estaba como cortado a pico del otro lado. Desde la cumbre del ribazo el animal levantó la cabeza y husmeó en lontananza, a todo su alrededor. Habíasele extraviado súbitamente el rastro. Observó, escudriñando el horizonte, en el fondo del valle un tupido soto cuyo único acceso era un punto negro como boca de lobo.

Descender de aquella colina para acercarse al montículo era imposible; pues no había más camino que la estrecha picada que conducía a su cima. Después de mucho otear Cachorro, considerando perdida su causa, sintióse presa de un nerviosismo incontrolable que pudo costarle la vida. Llevado por este estado de ánimo comenzó a dar fuertes alaridos que resonaron ampulosos en todos los ámbitos de aquel inhóspito paraje. La noche cayó oscura y tormentosa; Cachorro no abandono el lugar. Su inteligencia vivaz de sabueso diríale de que si en ese sitio desaparecía el rastro que su olfato había descubierto; desde ahí había que proseguir buscándolo. Además su natural instinto decíale de que aquella oscura boca de lobo del bosquecillo podría ser la puerta que debía conducir hasta la prisión de Estrellita.

En el transcurso de la noche lanzó Cachorro muchos, muchísimos ladridos, hasta quedarse ronco. Pretendía el pobrecito hacerse oír de su amita. El tenía la casi certeza de que Estrellita estaba prisionera en aquel montículo, donde le era imposible llegar.

La suerte de Cachorro y Estrellita estaba echada. La bruja hallábase ausente de su morada desde hacia varios días. Fue gracias a esta feliz circunstancia que Estrellita logro escapar de su encierro. Había oído los ladridos de Cachorro, y reconocido perfectamente su voz, en el preciso instante que se disponía a tirarse en su camastro para entregarse al sueño.

Todos los maleficios tienen su talón de Aquiles; y el de la taimada lo poseía también. En efecto, la hechicera si bien había logrado su propósito de conturbar el alma de Estrellita en sus relaciones con sus semejantes; no había alterado en un ápice su afecto por Cachorro.

Oír Estrellita los aullidos de Cachorro y vestirse los harapos fue todo uno; pero, debía tomar las mayores precauciones para despistar a su carcelero, temerosa de que estuviese en las cercanías.

Esperó, pues, que entrase la noche para dar comienzo a la fuga; y al clarear el nuevo día había llegado ya a corta distancia de la salida del bosque, así que, en contados minutos, estuvo afuera. Con una ligereza felina, adquirida en su lapso de vida salvaje, corrió hasta el pie del cerro, y ahí trepo ágil cual lince, por una gruesa cuerda que conducía a la cima. El encuentro de Estrellita y Cachorro fue verdaderamente conmovedor. El animal saltaba, corría, brincaba y lamía con su limpia lengüita la cara y manos de Estrellita; rindiéndole pruebas de afecto por todos los medios de que era capaz.

Pasados los instantes de regocijo emprendieron presurosos la retirada. Y tras mucho andar llegaron al palacio.

Estrellita Blancanieves estaba transformada física y espiritualmente; y, por esta causa nadie la reconocía como tal. Empero, el amor materno logro desentrañar el misterio; y desconsolada aceptó Blancanieves por hija al adefesio que tenía presente. Mas, segura de su intuición, abrazóla efusivamente, feliz de haberla recuperado.

Blancanieves y Cachorro habían afirmado que la fea niña era Estrellita. Solamente el amor de la madre y el afecto del fiel animal podían adivinarlo a través de la máscara física y anímica de la pobre niña.

El cofre del hada del bien

La vida en el palacio había sufrido una evidente alteración a raíz de los desmanes de Estrellita.

Estrellita era desobediente, díscola, impertinente, malcriada, holgazana, desaseada, dominada por la molicie y dueña de cuantos malos hábitos pueda inculcarle la hechicera. Reñía constantemente a su abnegada madrecita y se complacía en hacerla sufrir.

Blancanieves soportaba con estoicismo los desaguisados de su hija, por que sabia que la pobrecita hallábase bajo el influjo perverso de su enemiga.

Busco afanosa Blancanieves toda suerte de sortilegios capaces de deshacer el embrujo de Estrellita, sin éxito. Decidióse, finalmente, aceptar a su hijita tal como estaba, en un inmenso esfuerzo de resignación; y a soportar sus insolencias y su espíritu avieso.

Desde la desaparición de Estrellita la felicidad había huido del palacio; y, desgraciadamente, su regreso no sirvió de lenitivo al dolor materno, pues, el descomedimiento de la niña no tenia limites. Una densa sombra de malestar espiritual se había enseñoreado de aquella mansión antes iluminada por la alegría. Ya no cantaban ni Blancanieves, ni Estrellita, ni los pajarillos. Los jardines palaciegos se cubrían de malezas y las palomas habían ido a buscar otros palomares.

Transcurrieron tantos años de este jaez que la niña llevo a adolescente; etapa de la vida en que el amor irradia sus primeros destellos. Fue entonces cuando comenzó a percibir la jovencita un turbión de sensaciones desconocidas; tumultuosamente pugnaban por abrirse camino en su pecho deseos de renovación espiritual.

Una vigorosa lucha de pasiones, adversas entre sí, terminó por hacerle comprender a Estrellita de que su vida estaba sumida a una tremenda desdicha. De un lado forcejaba el genio perverso- obra de de la hechicera- y del otro, el amor, virtud cardinal ingénita de la joven, ahora fortalecida y estimulada por la adolescencia. Su alma era una liza de encontrados sentimientos.

Padeció Estrellita Blancanieves muchas noches de insomnio y desasosiego, no solo a causa de la inestabilidad humoral y psíquica que engendra la pubertad; sino también porque comprendía de sus deleznales fuerzas morales constituían un pedestal muy endeble para confiar a ellas su propia rehabilitación espiritual. En consecuencia, debatíase la joven en un mar de dificultades, sin hallar su tabla de salvación, convirtiéndose en un naufrago de la vida. Justo es decirlo; este caos espiritual tuvo una existencia efímera por que Estrellita Blancanieves puso su voluntad al servicio de su propia regeneración, impulsada por ese cambio anímico que la adolescencia trae consigo.

Querer es poder. He aquí una gran verdad que ha servido a muchos hombres de sólido puntal para elevarse muy por encima del nivel común, y ocupar sitios privilegiados en el concierto de la humanidad. Cuando la fuerza de voluntad se pone al servicio de una causa justa, triunfa.

Estrellita triunfó sobre las fuerzas del Mal porque el Amor le proporcionó alientos y voluntad con que afrontar la brega.

Difícil, sino imposible, sería relatar la sucesión de hechos referentes a la vida diaria objetiva e íntima de Estrellita en el decurso de este periodo incierto. Dejar en el tintero el relato de los mismos no es óbice para la correcta narración de esta leyenda; en cambio, sería perjudicarla en su esencia si olvidáramos de referirnos al supremo esfuerzo de Estrellita para zafarse de la ciénaga en la que la había empujado la hechicera.

Durante algún tiempo los días sucediéronse idénticos los unos a los otros, como gotas de agua, sin que nada ni nadie osara romper la infeliz monotonía de la desventurada Estrellita. Faltaba la cizalla que cortara la acerada cadena que la condenaba a sufrir la perversa influencia de la bruja.

Más, no debía tardar en producirse un hecho baladí que diera a Estrellita ocasión de liberarse por siempre de aquella cadena.

Un buen día, estando sumida Estrellita Blancanieves en profunda cavilación, fué sorprendida por el estruendo de vidrios rotos proveniente del aposento contigo al suyo, hacia el cual corrió presurosa. Lo acontecido era que el diablillo de Cachorro andaba en riña con Micifuz, el cual le había hincado bien hondo sus garras en pleno hocico; y Cachorro, obcecado, estaba en transe de tomarse el desquite. En una de esas danzas de perro y gato, éste saltó encima de la vitrina donde Estrellita conservaba, a modo de respetuoso homenaje, todos los juguetes, regalos y demás presentes recibidos en ocasión de su nacimiento. Cachorro, en un intento de dar alcance a su adversario dio un bruto salto contra el mueble; y éste, ante un empuje tan desmedido sufrió un violento tumbo.

El espectáculo que aparecía ante los ojos de Estrellita era nada reconfortante. El mueble caído y descoyuntado, sus vidrios deshechos y un sinnúmero de adminículos esparcidos por el suelo. Cachorro apartado en un ángulo del aposento con cara de arrepentido, mirando de hito en hito a Micifuz, y éste, acurrucado e imperturbable estábase encima del ropero.

Ninguna gracia pareció causar a Estrellita este cuadro al comienzo; pero luego, reproduciendo en su mente la lucha de Micifuz y Cachorro, halló hilarante su sangrante hocico y dióse a reír de tan buena gana que parecía haber recobrado su juvenil y cristalina voz de otrora.

Inmediatamente, dispúsose Estrellita a reacondicionarlo todo, tal como estaba; y a ese efecto, fue recogiendo uno a uno los juguetes de su niñez. La tarea no fue tan vacía de sentimiento como parecería; pues, cada uno de esos obsequios era amorosamente tratado, colocado en la palma de sus manos, mirado y vuelto a mirar con arrobamiento.

Cualquiera que estuviese observando a Estrellita entregada a la ejecución de estos menesteres, habría notado de que su imaginación hallábase invadida por un tropel de felices recuerdos infantiles. Súbitamente frunció el ceño y su semblante adquirió seriedad, y mas que eso, contrariedad. Sus emotivas facciones trasuntaban los dispares estados anímicos que la embargaban.

De seguro que Estrellita estaría cotejando su cambiante vida a través de los años ya transcurridos. Este vaivén de sentimientos y pasiones culminó al encontrar, inesperadamente, una joya preciosísima, y de la cual no guardaba el menor recuerdo. Era un cofre en cuyo interior contenía una llavecita de oro y una esquila, en la cual hallábanse impresas estas sugestivas palabras:

“Estrellita Blancanieves, si algún día la infelicidad se apoderase de ti, ve a buscarme e la Gruta Encantada”. -El Hada del Bien.

Estrellita quedó cuajada de asombro. Leyó y releyó la esquila para asegurarse de que no se trataba de una ilusión óptica.

Nada existía en el mundo que pudiese provocar mas grande impresión en el alma atribulada de la joven que aquellas pocas líneas. Tanto era esto verdad, que Estrellita rompió a llorar lágrimas de contento, y a temblar de emoción.

Se preguntaba una y otra vez, con la duda en asomo, si el llavín que estaba contemplando azorada en la palma de su manita, le abriría la puerta de su ansiada liberación.

A poco de haber serenado su espíritu volvió a su aposento, y quedó ensimismada; mas luego, durmióse profundamente.

¿No estaría soñando, acaso, Estrellita, dónde habría de encontrar la Gruta Encantada? ¿Qué camino seguir para llegar hasta élla?

Estrellita Blancanieves en camino hacia la gruta encantada.

Estrellita estuvo dormida por espacio de una hora. Soñó que una linda mariposilla, ricamente coloreada de suaves matices, y salpicada de cristales acorazonados y relucientes en sus alas, habíasele posado fugazmente en una mejilla. Estaba ella tentada de aprisionarla, pero, el lepidóptero echó a volar; y al instante, en un gracioso revolotear posóse en la otra mejilla de Estrellita.

Esta vez Estrellita sintióse subyugada por la hermosura y picardía de la mariposa; y dijose para su colete de que no se le escaparía, aunque tuviese que ir en su seguimiento hasta los infernales fuegos de Satanás. Tras el fracasado propósito de prehennderla comenzó la tenaz persecución.

Fueron, la una en pos de la otra, corriendo como desatadas a campo traviesa, sin lograr la desconsolada Estrellita su ardiente deseo. Cansada de tanto correr dejóse caer junto al tronco de un elegante cedro, en cuya corteza acertó a divisar, hábilmente tallado, un corazoncito; el cual no despertó en ella el mayor interés.

La mariposilla descansaba no lejos de Estrellita, revoloteando en torno de una florecilla silvestre; y, de tanto en tanto, en raudo vuelo acercábase a Estrellita como incitándola, quien se moría de pena por no poder darle alcance. Mas, la mariposa no se daba punto de reposo; lo que parecía constituir la esencia de su juego. Aquélla, en un raptó de entusiasmo, púsose de pie y prosiguió la persecución con renovados bríos.

Perdida ya estaba Estrellita en el inmenso bosque, en cuyo seno escuchábanse los ruidos y los ecos de cuantos moradores suelen habitarlo. Oíanse cantos alegres y armoniosos de pajarillos, así como también los graznidos de grajos y cuervos, que hacían temblar de susto las carnes; el eco de rugidos lejanos de leones y ronquidos de tigres; el chas -chas que dejaba el veloz andar de los reptiles sobre la hojarasca.

Imposible hízosele a Estrellita el regreso porque habíase desatinado en medio del bosque; y cuando ya comenzaba a ser presa de la desesperación halló un nuevo cedro con el consabido corazoncito tallado. Enseguida preguntóse para sus adentros si tal hallazgo no sería no sería una misteriosa señal. Subyugada por esta idea cobró alientos, y siguió sin desmayos a la mariposilla, que la condujo por lugares insospechados. Y, cosa curiosa, de trecho en trecho, había un cedro con un corazoncito tallado.

Volando la imaginación de Estrellita hasta el paroxismo en alas de la sugestiva hipótesis, pensó si no serían esos cedros marcados con la insignia del amor, los jalones que señalarían la senda por donde se llegaría a la morada del Hada del Bien.

En esto estaba cuando ¡hay! todo se desvaneció en un santiamén: cesó el sueño, abriéronse los ojos y desaparecieron de su retina y de su imaginación la mariposilla traviesa los cedros esculpidos y el Hada y la Gruta Encantada.

Ahora ya no soñaba; bien despierta estaba, reclinada en su cama y apretando contra su pecho el cofre, la llavecita de oro y la esquila misteriosa.

¿Por qué no había de ser su roto sueño un mensaje del Hada del Bien?

Haciendo oído sordo a todo intento de raciocinio, Estrellita Blancanieves huyó sigilosamente del palacio, acompañada de su fiel cachorro, en busca de los cedros tallados.

La noche ofrecíase encantadora; soplabla una brisa suave y ricamente perfumada por el aroma de las flores campestres.

¿Qué camino habría de emprender, y qué precauciones adoptar? Nada de esto importaba a Estrellita; fuéese hacia donde el azar le condujo.

Llegó hasta los lindes de un gigantesco monte sin saber cómo, y penetró en él sin previo discernimiento de lo que podría sucederle. Anduvo muchos días confundida con la tupida maraña selvática... no se sabe cuantos. Cachorro, su celoso guardián, estuvo en repetidas ocasiones en peligro de muerte arrostrando abnegadamente su vida contra toda suerte de enemigos, que acecharon en el largo trayecto la frágil existencia de la jovencuela.

Estrellita, más que un ser humano provisto de sentidos e inteligencia, semejábase a un espíritu sujeto a los efectos de un encantamiento. Ella a nada prestaba atención, ni al camino, ni a los peligros, ni al eco espeluznante de las fieras. Buscaba anhelosa los cedros esculpidos con la insignia del amor, que parecían constituir su única meta.

No vayáis a creer, amables lectorcitos, de que la taimada bruja habría de cejar en su intento de recuperar a la ex-cautiva. Ni bien se hubo apercebido de la fuga de Estrellita, poseída de una furia epiléptica, corrió al palacio merodeando en sus alrededores; y en repetidos intentos de penetrar en él había tenido que huir mascullando groserías contra la atenta vigilancia de Cachorro; el cual ladraba ronco y fuerte en cuanto su olfato percibía el olor de la ladrona.

La misma noche en que Estrellita salió del palacio camino de la Gruta Encantada, la bruja persiguióla como perro de presa. Cuando todos los síntomas presagiaban la cercana pérdida de la inerme princesa ante la avilantez de su perseguidora; inopinadamente cambió la faz de las circunstancias que le rodeaban. Estrellita había hallado el primer cedro portador de la insignia del amor, un corazón de líneas puras como una realidad palpitante. Acercóse la joven al árbol, y arrimando sus trémulos labios al bello cincelado dejóle impreso un sentido ósculo. Estrellita había estampado el beso con religiosa unción; y al hacerlo, se produjo en su interior un vuelco inaudito de pasiones y sentimientos.

Desde ése instante Estrellita Blancanieves estaba salvada porque el Hada del Bien protejióla contra toda suerte de peligros.

La bruja, entretanto, cada vez más empecinada perseguía tenazmente a Estrellita; empero, cuanto más avanzaba en seguimiento de su hipotética presa, sus energías respondían cada vez menos a sus turbios manejos. Cegada por su vil propósito, no había caído en la cuenta de que andando, estábese bastante adentrada en los dominios del Hada del Bien, cuya poderosa irradiación bienhechora frenaba la maldad de la bruja.

Apenas hubo posado Estrellita Blancanieves sus labios, trémulos de emoción, sobre el corazoncito apareciócele un fulgurante haz que arrancaba de la copa del cedro y se perdía en lontananza, como señalándole el camino que debía seguir. Hízolo así Estrellita, teniendo a su lado a Cachorro y tras de sí a la bruja, tan impotente de poder dañarle como rabiosa de sí misma.

La codicia de retener a Estrellita corría pareja con su impotencia; y de este modo yendo la bruja en pos de Estrellita, llegaron al término del camino señalado por el rayo de luz.

Estrellita Blancanieves detúvose un instante frente a una puertecilla dorada y reluciente, en cuyo centro halló otra vez un corazoncito, tan hermoso como el que había besado. Ya no le quedaba duda alguna de que esta puerta se abriría con la llavecita que traía guardada en el cofre. Pensarlo y ponerlo en ejecución fue todo uno, y al momento la puerta giraba sobre sus bisagras, suave y lentamente, dejando escapar por la abertura una sinfonía de luces y colores que partían del gran aposento de una enorme gruta.

La hechicera, en un último y desesperado esfuerzo, intento sojuzgar a Estrellita gritándole con voz ronca de ultratumba ¡detente!, en su vano intento de impedir que traspusiera los umbrales de la gruta encantada.

Mas, Estrellita, como si nada hubiera oído, penetró en la gruta con tranquilidad y serenidad de ánimo.

Impulsada la hechicera por la rabia incontenible de su fracaso, y ofuscado su frío raciocinio, dio un salto largo con sus luengas y descarnadas piernas cayendo dentro de la Gruta Encantada, y tendió sus espantosos brazos poniendo sus puntiagudos garfios en los

hombros de Estrellita; pero, felizmente, por obra de encantamiento hizose presente el Hada del Bien, y al instante quedó la bruja como petrificada e inmóvil.

El Hada del Bien era algo así como una bellísima mujer, irradiando su esbelto cuerpo una aureola con los colores del iris. Toda ella respiraba bondad y dulzura; y donde quiera posaran sus ojos penetraba el bálsamo dulcísimo del amor. Su poder era omnipotente, y no existía ser humano capaz de resistir su influencia.

Frente a frente estaban el Hada, Estrellita Blancanieves y la bruja; ésta sorprendida en un gesto de maldad superlativa. Con voz suave y armoniosa dijo el Hada: "Tú Estrellita, has besado cariñosamente mi corazón a la entrada del bosque por que eres buena de natural, ven a mi lado. Velaré por ti". Estrellita, que estaba aterrada por el zarpazo sorpresivo de la bruja, dando señales de recuperación fuese junto al hada bienhechora con visibles muestras de gratitud.

"Y tú, Espíritu del Mal, -dijo el Hada- permanecerás petrificado hasta que el oxido del tiempo te reduzca a polvo. Ese será el fin de tu maldad".

Estrellita Blancanieves encontrábase como anonadada; no sabía a ciencia cierta si soñaba o estaba despierta. ¿Era verdad cuando acababa de ver, oír y palpar? ¿No era todo una alucinación de su cerebro calenturiento?

Absorta en sus pensamientos estuvo Estrellita un lapso; volviéndola en sí un chirriar de goznes proveniente de una enorme y maciza puerta de piedra, que giraba a cierta distancia de ahí. Repuesta en sus cabales hallóse sola Estrellita en el gran aposento de la Gruta Encantada; pero, cosa curiosa, ningún temor la invadía, a pesar de conocer la extraña realidad que la envolvía.

Orientó sus pasos juntamente con Cachorro, hacia la abertura que estaba frente a sí, y acercándose pausadamente, hundió su cabecita en el maravilloso panorama que se desparramaba lujuriosamente. La belleza del lugar, soberana por su magnificencia, era la expresión de una naturaleza exótica y lozana. Los acordes de una música placentera conferían a este paisaje la jerarquía de una morada celestial. La luz inundaba el amplio espacio con el colorido subyugante de la aurora boreal, pletórica de tonalidades y reflejos.

Contemplando aún estaba Estrellita, como en éxtasis, cuando el Hada la condujo tomándola afectuosamente de una mano, a través de una amplia galería débilmente iluminada por una penumbra; descendieron luego por una amplia escalinata de blanquísimos mármoles a cuyo término se abría un panorama distinto. En primer lugar, llamaba la atención el frescor de agua que saturaba el ambiente, produciendo tal sensación de bienestar físico y psíquico, como si la paz misma se introdujera por una vía sutil dentro del cuerpo y posara en el alma. Ese ambiente embalsamado y fresco tenía su explicación: la Gruta Encantada prolongábase profundamente en medio de un ancho mar.

A través de las paredes de Cristal miraba Estrellita Blancanieves un nuevo mundo desconocido por el género humano, prodigiosamente dotado de maravillas animales, vegetales y minerales.

¿Cómo describir con la torpe lengua humana este caleidoscópico torbellino de seres extraordinarios, adornados de color nunca vistos ni soñados por la imaginación más brillante?

No sabía Estrellita si admirar más el azul marino de las aguas, el verde de la lujuriente vegetación, el rojo sangre de los corales o el espectáculo de tonalidades de los peces, maravilla entre las maravillas, con sus bandas alternadas de lindos colores y los costados irisados que relucen al contacto de los rayos solares. Esta soberbia naturaleza submarina era exaltada por la diáfana transparencia de las aguas que dejaban atravesar los rayos del astro rey, los cuales adquieren en las profundidades la gama de colores que compone su blanca luz atmosférica.

Esta deslumbrante visión no sería el último asombro de Estrellita en el interior de la Gruta Encantada.

Del panorama submarino, fue transportada por el Hada, siempre en compañía de Cachorro, a un campo ubérrimo, pletórico de árboles umbrosos y frutales variados.

Jardines esplendorosos y lagos artísticamente iluminados hacían las delicias de ánades y cisnes. El bullicioso cantar de los pajarillos daba la nota alegre, sabor de romance y el pulido maestro.

Súbitamente, como trocado el panorama por arte de magia todo cambió, readquiriendo las características del gran aposento de la Gruta Encantada. Había terminado el paseo estupendo. Ahora le restaba a estrellita conocer las maravillas que deslumbraban la grandiosa estancia. Adornada con exquisito gusto, nadafaltábale que pudiera realzar el encanto de la misma. Preciosos jarrones de Oriente reposaban en diversos sitios; alfombras y tapices de Esmirna, ricamente bordados, cubrían el suelo limpio y resplandeciente de un tenue tono verdeclaro; las paredes lucían pinturas y oleos atractivos;

pedestales sostenían acuarios de una belleza indescriptible; del techo pendían arañas y candelabros de un valor incalculable; y de sus puertas, colgadura de hermosísima pana.

Estrellita, fascinada por tanta belleza y tanta riqueza no se cansaba de recorrer el aposento.

Y, dado que semejante placer no podía durar una eternidad, sintióse de pronto cogida por un deseo incontenible de reposar y dormir. Al instante toda la gruta transformóse en un esplendido dormitorio.

Demás esta decir que Estrellita durmió plácenteramente.

Al despertarse, una sorpresa maravillosa le esperaba: frente a sí dispuesto estaba un gran espejo reproduciendo a una adolescente, más hermosa que la propia Venus. Dudó de su imagen mismísima; empero, bien sabía que los espejos no engañan. Entonces, loca de alegría, comenzó a dar brincos en la cama; y luego, a cantar y a danzar sobre el lustroso piso con infinita gracia y plasticidad, todo lo cual hacía de Estrellita Blancanieves algo así como la encarnación de la donosura y de la belleza.

El hada del Bien había hecho el prodigio de su total transformación... cuerpo y alma; en premio a la voluntad que Estrellita había puesto para su regeneración.

Estrellita Blancanieves volvió a ser lo que era: hermosa y plena de virtudes, como antes; con el agregado de una juventud lozana y un corazón lleno de amor, y lista para prodigarlo al hombre que supiera conquistarla.

¿Os imagináis, lectorcitos queridos, de qué modo Estrellita había regresado al Palacio Real, junto a su madrecita, la amorosa Blancanieves, desde la Gruta Encantada?

No creáis ni por un momento de que todo cuanto se acaba de referir había sido un sueño de Estrellita. ¡NO! Fue el Hada bondadosa que, sigilosamente mientras Estrellita estaba entregada al sueño (después de tantas y tan diferentes emociones sufridas en su largo peregrinaje por reencontrarse a sí misma)habíala transportado sobre sus alas protectoras y colocado blandamente en el mullido lecho de su apartamento.

Al clarear el alba del nuevo día, Estrellita Blancanieves, pudo admirar gozosa como nunca cuán dulce es la felicidad del hogar paterno, cuando los malos sentimientos son arrancados del pecho y retornan a él la educación, la obediencia las virtudes y las buenas costumbres; mas aún, cuando a todo esto se suma el cariño insustituible de los padres.

Fué así que Estrellita admiró nuevamente la belleza de sus jardines, saboreó el alegre cantar de los pajarillos, llenó con su gracia y su bondad de felicidad todos los ámbitos del palacio y del reino todo.

Estrellita y Cachorro fueron como siempre, inseparables.

La leyenda refiere de que Estrellita Blancanieves casóse con el hombre de su predilección; y de que hubo suntuosas fiestas palaciegas y gran animación popular. También refiere la leyenda de que los simpáticos enanitos, viniendo en caravana como era su costumbre, el día de la boda, entonaban esta canción:

Ahí voy, ahí voy
Al palacio de su majestad
Estrellita Blancanieves
Pronto se va a casar

Ahí voy, ahí voy
Al palacio de su majestad
Para feliz admirar
A una princesa sin par.

Ahí voy, ahí voy
Al palacio de su majestad
Estrellita Blancanieves
Pronto se va a casar.
